

NACHITO

El día estaba resplandeciente. El gigante sol de la siesta se filtraba entre las breves aperturas de las cortinas y tejía hilos luminosos en la pared del largo pasillo de la casa que iba desde la cocina a los dormitorios. En el aire se podían vislumbrar esas partículas mágicas de polvo que adoran volar en las tardes soleadas y que sólo se ven cuando el sol se cuele por las ventanas. El calorcito de un haz esplendente dio de lleno en el rostro socarrón de Nachito que pintaba la blanca pared con sus lápices y acuarelas de colores. Su ropa era un carnaval de cromos. Su mamá lo miró en el trasluz brillante y no contuvo la risa, pero debía cumplir su rol de madre, así que buscó la forma más amable de darle su merecida reprimenda.

Nachito, te estoy mirando.

Si rayaste la pared, le voy a contar a papá...

No te rías...

Conozco esa cara de pícaro...

¡Nachito! ¡Mi amor!

¿Qué dibujaste?

¿Un elefante?

¿Sí?

Es un elefante. Igual al del zoológico.

Ya lo sabía.

Ahora... ¿Cómo le contamos a papá que tiene que pintar de nuevo la pared?

Dale.

Vamos a sentarnos a tomar la leche.

Los dos juntos.

¡Nachito! ¡Rápido! ¡A la mesa!

No quiero volver a repetirlo.

La leche está calentita, recién preparada.

Mamá le puso mucho chocolate.

Te va a encantar.

Y después, a bañarte...

Estás todo sucio, todo rayado.

¡No corras! ¡Ven aquí, niño travieso!

La madre lo persiguió hasta que logró alcanzarlo y le dio el beso más largo, más dulce. Luego, se sentaron a la mesa y juntos compartieron la merienda.

*¿Está rica? Tienes que tomarla toda.
Muchas vitaminas como dijo el doctor.
¿Terminaste? ¡Muy bien!
Ahora, ¡A bañarse!
Vamos a ponernos lindos para cuando llegue papi.
No llores, Nachito.
Hay que darse una ducha sí o sí.
No más excusas...
¡Ay! Mamá te ama.
¡Te amo tanto, mi niño!
Después de bañarse hay que tomar la medicina que nos dio el doctor...
Sí. Ya sé que es fea, pero es por tu bien.
Así serás muy, muy fuerte como papi.
No. No vamos a volver al hospital.
Ya estás bien.
Pero el doctor dijo muy claro que, si Nachito no toma los medicamentos y no se baña,
le van a dar otra inyección...
No. No llores, mi amor.
Era una broma de mami.
No volvemos más al hospital.
Mami te lo promete. Nunca más.*

Se escuchó la puerta entreabrirse y el padre dejó su portafolio sobre el viejo sillón de la casa familiar. Vio un portarretrato con la foto de aquel paseo por el zoológico del pasado verano. Los tres reían junto al predio del elefante.

Llegó a la cocina. Un tazón lleno de leche se evaporaba solo frente a una silla vacía.

Como hacía más de dos meses, la pared aún estaba rayada y un elefantito abstracto jugaba en el centro del blanco infinito.

Vio a la madre abrazando la nada, hablando sola.

Ambos se besaron, brevemente, como parte de una rutina silenciosa y cotidiana...

En ese instante, escucharon la risa del pequeño Nachito y el hombre, mirando el pasillo eterno y sin luz, gritó con fingido enojo de papá:

Nachito, ¿qué pasa que aún no estás en la ducha?... Vas a ir en penitencia... Una semana sin tele.